



MARTIN SCHIAPPACASSE

“Cabeza a cabeza”: territorio y mercado en la economía popular del Conurbano bonaerense

POR **MARÍA CLAUDIA CABRERA Y MARCELA VIO**

María Claudia Cabrera. Licenciada en Sociología (UBA) y Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO). Profesora de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales. Sus temas de investigación giran en torno a la economía popular con un recorte territorial específico: el Conurbano bonaerense. Codirige una investigación iniciada en 2011 sobre el tema que tiene por objetivo la producción de datos primarios en articulación con organismos de la gestión pública, por lo que el perfil del trabajo que desarrolla es el de investigación/transferencia.

Marcela Vio. Arquitecta (UBA) y MSc in the Built Environment, Development Planning Unit, University College of London. Doctoranda del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO. Investigadora del CONICET y del Instituto de la Espacialidad Humana, de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (UBA). Codirige un proyecto de investigación sobre economía popular. Ha sido consultora de organismos nacionales e internacionales en temas de gestión de políticas urbanas. Ha publicado diversos artículos en revistas de estudios urbanos.

La investigación cuyos resultados se presentan en este artículo comenzó en 2011 y es el producto de la articulación de un equipo de investigación de la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV) con varios organismos estatales¹. Metodológicamente propone la producción de datos estadísticos primarios de barrios populares del Conurbano bonaerense a partir de la aplicación de encuestas representativas y realización de entrevistas en profundidad en cada uno de ellos. Se han relevado 16 barrios de 10 municipios, contando con datos ponderados de más de 16.000 personas y 4.500 hogares y viviendas.

Conceptualmente, una de las premisas es la que sostiene que la territorialización es una característica específica, no de la sociabilidad de los hogares, sino de su economía, caracterizada por la extensión de las condiciones de informalidad de sus trabajadores. El objetivo

de este artículo es precisamente indagar en la relación entre esta economía y el territorio, que es fundamental en la definición de las estrategias de reproducción social (que incluyen las económicas que apuntan a la obtención de ingresos).

La arquitectura del artículo se sostiene en tres apartados. En el primero profundizaremos en los criterios de recorte de nuestro objeto de estudio. En el siguiente nos detendremos puntualmente en la relación entre economía popular, territorio y mercado y finalmente se concluye con unas breves reflexiones finales.

EL OBJETO: LA ECONOMÍA POPULAR REALMENTE EXISTENTE

La literatura académica tiene una abundante producción acerca de la relación entre las clases populares y el

territorio. En general remite a vínculos entre las personas pobres tejidos a partir de una misma pertenencia territorial que trama así relaciones sociales que se sostienen en una ética solidaria y basada en reciprocidades generalmente (aunque se reconocen matices) no jerárquicas.

No es ésta la perspectiva que proponemos en este artículo, ya que nuestro objetivo es analizar la relación entre las tramas territoriales de la economía popular realmente existente. Y sobre este último componente de la relación profundizaremos a partir de realizar dos aclaraciones. La primera de ellas remite al modo como recortamos el objeto de estudio (la economía popular) y la segunda a la condición de su existencia empírica.

El objeto empírico de la investigación se recorta a partir de una estrategia que los hogares de las clases populares adoptan para el acceso a un bien de uso fundamental para la reproducción social: la tierra y la vivienda. Estudiamos a aquellos que lo hacen por fuera del mercado inmobiliario formal². Así, el modo de acceso a la vivienda demarca la estrategia que recorta nuestro objeto, y consideramos esto justificado porque este bien de uso deviene central para estos hogares, ya que su obtención convoca los esfuerzos de todos sus integrantes a través del trabajo doméstico (que incluye la producción de la vivienda y también frecuentemente de la infraestructura urbana básica como tendidos eléctricos, de agua, apertura de calle, relleno de terrenos, etcétera) e insume una parte considerable de los ingresos en largos períodos de tiempo, en general, los que abarca la vida completa de cada uno de ellos. Es decir, no es la condición de pobreza (categoría estadística construida en otros campos sociales: la academia y la política) lo que los unifica y recorta como objeto de la investigación, sino el modo como resuelven su reproducción social³.

Sin embargo, no pensamos este grupo exclusivamente por su posición en el espacio social, como clase subalterna (Adamovsky, 2012), ni por su posición en el espacio geográfico como "ocupantes informales", sino también a partir de sus estrategias económicas, de producción y reproducción. A partir de poner las estrategias económicas en el centro podemos releer su posición en el espacio urbano, como una de sus propiedades específicas en tanto ésta resulta principalmente de una práctica de intercambios sostenida en acuerdos informales con otros actores de la economía popular y no informales cuando articulan con el Estado y devienen destinatarios de la política pública habitacional. Y afirmamos que son estas estrategias económicas las que se inscriben territorialmente y que esto confiere una especificidad de clase. No porque las relaciones sociales no estén

territorializadas, sino porque ello no es particular de las clases populares, sino de la sociabilidad en general, aun cuando los adelantos tecnológicos aceleren los mecanismos que Giddens (1993) ha llamado de desanclaje de las relaciones sociales de sus contextos locales.

Respecto de la segunda cuestión planteada y que remite a la existencia empírica de la economía popular, asumimos una posición epistemológica, teórica y metodológica que sostiene la necesidad del diálogo entre teoría y empírea, sin que esto signifique un diálogo horizontal. La mirada crea el objeto, el vector epistemológico va de lo racional a lo real, nos recuerda Bourdieu (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1998). Pero no es posible evitar este diálogo jerárquico para la construcción de conocimiento científico, sin renunciar a la construcción de la sociología como ciencia experimental. Entonces, consideramos que la investigación territorial para el conocimiento de un objeto como el que hemos definido es ineludible.

Esto nos lleva a fijar posición respecto de las actuales discusiones alrededor a la economía popular, que giran en torno a dos posiciones. Por un lado, aquellas que se formulan con carácter de proposición, que enlazan su análisis con otras formas de organización económica (no capitalistas), tales como la economía social o solidaria, y orientan el debate hacia la formación de un sector urbano de resistencia que pueda sobreponerse a los avatares de la racionalidad capitalista. Por otro lado, las discusiones que procuran aportar una caracterización a la luz de la evidencia empírica, para las cuales una parte creciente de los sectores pobres urbanos sostiene su integración social por fuera de las protecciones del trabajo asalariado y satisface el consumo de valores de uso, básicos para la reproducción de la vida, por otras

vías además de la mercantil. El punto de encuentro y, a la vez, el de partida de ambas vertientes se da en la concepción de la economía popular y social-solidaria como una dimensión específica de la organización social y económica que trasciende la lógica de la ganancia y se vincula a la reproducción ampliada de la vida.

Nuestra perspectiva encuentra coincidencias con algunos de los principios que propone la segunda de las vertientes. Fundamentalmente, acordamos con esta perspectiva en la jerarquización de la evidencia empírica para el estudio de la economía popular, y ella nos muestra que esta economía es parte constitutiva y funcional a la estructura social capitalista. No es posible afirmar que la economía popular se sostiene en un sistema diferente al capitalismo, por el contrario, contribuye de diversos modos a la producción de plusvalía (aunque no necesariamente lo hace bajo la forma de venta de trabajo asalariado, que es en realidad el menor de los aportantes a esa producción⁴).

ECONOMÍA POPULAR, MERCADO Y TERRITORIO

Entendemos a la economía popular como una matriz específica de estrategias (y cada clase social tiene la suya)⁵. Nuestra investigación se ocupa de reconstituir conceptualmente esa matriz, y como resultados de la investigación podemos señalar algunas de sus características: la existencia de cuatro estrategias fundamentales (de obtención de bienes de uso, de obtención de ingresos, de acceso al financiamiento y de acrecentamiento del fondo de reproducción)⁶, la mencionada pérdida de preeminencia de los ingresos provenientes del trabajo mercantil, la creciente importancia de los ingresos provenientes de la política social como rasgo específico de la posconvertibilidad, el peso del trabajo doméstico en la determinación de las condiciones de vida.

Los primeros hallazgos de investigación nos llevaron a acuñar otra noción ordenadora de los avances conceptuales: la de “matrices político territoriales”, que nos permite dar cuenta del sentido de muchas de las estrategias de reproducción social de los hogares de la economía popular. Estas matrices que están fundadas en el amalgamamiento del poder estatal con el de las organizaciones de base territorial, aunque con mayor frecuencia esto sucede con referentes barriales, comúnmente llamados “punteros”⁷. Esta fusión de poderes diversos es posible a partir de las transferencias estatales de diversos tipos de capital –bienes de uso, dinero, social, simbólico– que son asignados en función de la forma que asume la articulación entre la matriz político-territorial y los hogares.

Las matrices político-territoriales aglutinan y organizan a la economía popular y el territorio lejos de ser soporte de esta economía es, antes que nada, su institución. Mientras que para la empresa capitalista el mercado es el ámbito en el que se define su propia existencia, para la economía popular, mercado y territorio son dos instituciones en las que se juegan sus posibilidades de reproducción, ya que ellas no pueden depender sólo de la venta de fuerza de trabajo en el mercado y, por otra parte, el trabajo de los trabajadores de la economía popular encuentra también en el territorio sus condiciones de posibilidad (Cabrera y Vio, 2014b). Esto significa que no es posible explicar las especificidades de las estrategias de reproducción de los hogares que ponen en práctica este tipo de economía por fuera de los territorios que ellos habitan.

Observamos que para dar cuenta de las peculiaridades de la estructura ocupacional de barrios linderos a la CE-AMSE (Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado) del municipio de San Martín debe considerarse su emplazamiento y su relación con el recupero de basura. Es así como los desechos se visten nuevamente con ropajes de mercancía al ser vendidos en ferias o comercios, o son reciclados para convertirse en materia prima de la industria manufacturera. Pero también son capaces de proveer bienes de uso: alimentos, ropa, muebles, materiales para construir las viviendas, etcétera.

Por otro lado, no se puede entender el mundo de los trabajadores del barrio Las Achiras, ubicado en el populoso partido de La Matanza, sin tener en cuenta el Mercado Central (frente al cual se emplaza el barrio) o la cercana feria de La Salada. Ni tampoco es posible comprender a los trabajadores de San Cayetano/San Blas (partido de San Miguel) o de 22 de Enero (también en La Matanza) sin considerar al territorio como proveedor de calificaciones laborales.

Más allá de los modos de participación en el mundo del

trabajo, la noción de economía popular como una matriz de estrategias de reproducción social da cuenta de que es en la combinación de múltiples modos del trabajo, de realización de su valor de uso y también de cambio donde encuentra su especificidad esta economía. Así, mientras que el grueso de los hogares tienen miembros cuyo trabajo es retribuido con dinero⁸, bajo la forma de salario -pero sin las protecciones asociadas a éste, por su condición de informal⁹-, o ingresos por cuenta propia, una parte importante de los bienes y servicios que consumen no se obtienen a partir de su adquisición en el mercado. Entonces, no siempre el consumo está mediado por el dinero, es decir, el acceso a algunos bienes fundamentales no depende de la capacidad de compra. La pregunta entonces es cómo se obtienen esos bienes o qué mecanismos habilitan el acceso a los mismos.

Mientras que el acceso a la vivienda se hace por fuera del mercado inmobiliario formal¹⁰, pero mediando el mercado en algunos casos (de compra y venta informal), otros consumos básicos que hacen a la reproducción social, por caso la educación y la salud, están casi estrictamente restringidos a la oferta estatal. Ya en esta primera consideración, el territorio se manifiesta como una matriz que explica y pone límites a las condiciones de reproducción de estos hogares. Sirve recuperar el concepto de valor de uso complejo que Topalov (1979) le asigna a la urbanización, y que sucintamente da cuenta de la imbricación espacial de todos los valores de uso que sirven a la reproducción del capital y también a la propia reproducción de la fuerza de trabajo, entre los que contamos a las infraestructuras urbanas y los equipamientos públicos para los consumos colectivos. Destaca también el autor que la urbanización capitalista encuentra su principal contradicción en la imposibilidad de garantizar la formación de este valor, como consecuencia de la racionalidad capitalista de búsqueda del máximo beneficio.

De allí que en el proceso de producción de la ciudad el Estado opera en la distribución secundaria del ingreso, que encontramos territorializada, con la desigual distribución de estos valores de uso, cuya formación no resulta de la planificación urbana, sino más bien de negociaciones políticas inscriptas territorialmente. Sirven de ejemplo de ello las dinámicas desiguales de la inversión pública en los distintos distritos del Conurbano. Es decir, que esta distribución secundaria del ingreso en la que opera las políticas sociales en sentido amplio, está ya territorializada conforme el mapa que va configurando la cobertura de las redes de servicios urbanos y la distribución de los equipamientos educativos, de salud y otros que atienden al desarrollo social.

En trabajos anteriores hemos dado cuenta de una de las

estrategias que señalamos como propiedad de esta economía popular (Cabrera, 2014), allí señalamos la importancia creciente que tiene para los hogares la obtención de ingresos a partir de transferencias monetarias provenientes del Estado, como la Asignación Universal por Hijo, las pensiones, las jubilaciones, y las cooperativas (Argentina Trabaja¹¹), que sostienen una alta participación en los ingresos totales del hogar. En este caso el territorio ya no sólo se manifiesta como sede de la pobreza a la que asisten estas políticas, también se reconfigura como vía instituida de acceso a los fondos públicos que éstas distribuyen desplazando al mercado como fuente exclusiva de obtención de ingresos. Sea porque en él circula la información necesaria para constituirse en sujetos de las primeras o porque conforme las singularidades de la geografía de los entramados políticos dicha distribución está mediada por la acción directa de los poderes locales formalizados (funcionarios municipales) pero también de los informales (referentes territoriales) que se reconvierten en asignadores reales estableciendo canales de distribución de los recursos hacia abajo, a la vez que reteniendo -hacia arriba- el histórico rol de portavoz de las necesidades de los destinatarios de modo tal de explicitar umbrales por debajo de los cuales el poder formalizado en las estructuras del Estado local no puede negociar consensos, lo que les otorga un poder de negociación creciente.

Sin embargo, si se considera el papel de las matrices político-territoriales y el rol de los referentes como reales "asignadores" de la política social, estos movimientos no se corresponden necesariamente con una mayor autonomización sino más bien lo contrario (Cabrera, 2014; Zucchiatti, 2014). Ello se advierte en la menor autonomía de los miembros de los hogares respecto de los demás integrantes del hogar, así como de esas matrices, en las que se ponen en juego diferentes combinaciones del poder estatal, del de las organizaciones comunitarias y de los poderes individuales corporizados en los referentes locales/barriales.

Estas posiciones llevan a una reflexión sobre el planteo tradicional de Esping-Andersen (1993), quien sostiene que las políticas sociales deben ser analizadas considerando la forma que asumen los arreglos familia-mercado-Estado. Danani (2009) ha llamado la atención sobre la necesidad de considerar el papel del clientelismo en esta relación. En este artículo respondemos a ese llamado, aunque no compartimos la pertinencia del uso del clientelismo como concepto adecuado para dar cuenta de esta relación, sino que consideramos a las matrices político-territoriales como un cuarto componente de esos arreglos (Estado, Mercado, Familia, Matrices político-territoriales).

REFLEXIONES FINALES

En la trama conceptual que proponemos pensamos al territorio como la institución primada de la economía popular, la que asume un estatus complementario de la economía capitalista, lejos de ser una alternativa o un modo de resistencia. Así, señalamos que tal como el trabajo asalariado perdió preponderancia en la determinación de las condiciones de vida, el mercado pierde participación como espacio de intercambio, sin que esto signifique procesos de mayor autonomía para las personas, sino otras formas de dependencia.

¿Qué otras formas/espacios articulan esta economía?

La respuesta se encuentra en el territorio, en las matrices político-territoriales, que son el ámbito de transacciones de esta economía popular, que desplaza al mercado de manera creciente, en tanto una parte cada vez más importante de los ingresos que receipta esta economía proviene de la política pública estatal.

Finalmente, desde nuestra perspectiva no es correcto el concluir que la participación en estas matrices se orienta estrictamente a la posibilidad de obtener acceso a recursos que provienen de la política, sino que el sostenimiento del *status quo* que hizo que esa política fuera posible y llegara a este territorio se convierte en objetivo fundamental de los participantes-trabajadores en esas matrices. En otras palabras, esa participación tiene por fin garantizar la continuidad de la política como inversión y más allá de la coyuntura. En ese sentido, las matrices político-territoriales son "campos" en el sentido que les da Bourdieu (2000), quien señala que las disputas de los participantes de un campo se dan sobre un supuesto que se olvida o no se reconoce fácilmente: todos los participantes acuerdan, sobre todo, en la necesidad de la existencia del campo en el que se sostienen sus propias existencias. •

Notas

El Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires (2011), la Municipalidad de San Martín (2012-2013), la Municipalidad de Esteban Echeverría (2015) y, desde 2014, el Equipo de Trabajo Río Matanza Riachuelo de la Defensoría General de la Nación del Ministerio Público de la Defensa -Resolución DGN N° 720/2014- (oficina creada con el fin de asistir y patrocinar a los vecinos afectados por la llamada "Causa Mendoza", que obliga al saneamiento del Riachuelo por parte del Estado).

² A modo de ejemplo, y sin pretensiones de exhaustividad: compra en el mercado informal, toma de tierra organizada, ocupación espontánea, permuta, por acceso a la política de vivienda, etcétera.

³ Y, de hecho, no se trata exclusivamente de una población de pobres.

⁴ Por razones de espacio no podemos ir más allá en la fundamentación de esta afirmación. Esto ha sido desarrollado en otros trabajos (Cabrera y Vio, 2014; Cabrera y Vio, 2014b).

⁵ Ésta es una definición operacional que hemos acuñado para la economía popular. Ella resulta fructífera y ordenadora para las varias líneas de investigación que tiene el equipo.

⁶ Por razones de espacio no es posible desarrollar el tema,

puede ampliarse en Cabrera y Vio (2014).

⁷ Se denomina "puntero", en general de manera despectiva, a aquellos referentes barriales que habilitan la posibilidad de la existencia de los manejos clientelares de los territorios populares, ya que son quienes tienen el contacto con los actores de la política profesional o de la gestión estatal y reciben y/o distribuyen los recursos estatales en los territorios.

⁸ "La matriz de las condiciones de vida se encuentra en el trabajo" señala Danani (2009, p. 29-30). Y esto es así también para la economía popular, donde el trabajo mercantil sigue ocupando un lugar central en las estrategias de reproducción de hogares, pero pierde preponderancia en la determinación de esas condiciones, ya que muchas veces no puede asegurar ni protecciones ni ingresos suficientes para garantizar la reproducción ampliada de la vida (o en algunos casos, apenas la biológica).

⁹ Definimos informalidad en los términos que propone Portes (1995). Es trabajo informal todo aquel que no es contractual registrado, o, en otras palabras, asalariado formal. Porque consideramos que la cuestión del modo de acceso a las protecciones sociales es determinante para trazar la línea entre formalidad e informalidad.

¹⁰ Cabe recordar que éste es un nuestro criterio empírico de recorte del universo. De ningún modo generalizamos este modo de acceso a todas las clases populares.

¹¹ El Programa "Ingreso Social con Trabajo", llamado "Argentina Trabaja" se inició en el año 2009 y su finalidad es la de dar empleo (aunque sin dejar por ello de tener la forma de plan social, incluso la pertenencia al Ministerio de Desarrollo Social reafirma esta condición híbrida) mediante la organización de cooperativas de trabajo, aunque esa organización como la administración de las mismas queda en manos de instancias estatales locales.

Referencias bibliográficas

- Adamovsky, E. (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina* (2ª reedición ed.). Buenos Aires, Sudamericana.
- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de sociología*. (E. M. Criado, Trad.) Madrid, Ediciones Istmo.
- Bourdieu, P., J. Chamboredon, y J. Passeron (1998). *El oficio de sociólogo. presupuesto epistemológico* (20ª ed.). (F. H. Azcurra, Trad.) México, Siglo XXI editores.
- Cabrera, M. C. (2014). "Entre dos aguas. Tensiones entre la memoria del plan y la ampliación de derechos en la implementación de las políticas sociales en el Conurbano Boanense", en M. C. Cabrera y M. Vio (ed.), *La trama de la economía popular*. Buenos Aires, Espacio.
- Cabrera, M. C. y M. Vio (2014b). " 'Enclaves' de la economía popular. Territorialidad y estrategias de obtención de ingresos". *Taller "Distribución de la riqueza: nuevos escenarios, nuevos paradigmas y alternativas. Una mirada regional e integral*. Cátedra Abierta Plan Fénix.
- Danani, C. (2009). "La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización", en M. Chiara y M. Di Virgilio, *La gestión de la política social. Conceptos y herramientas*. Buenos Aires, UNGS / Prometeo.
- Esping-Andersen, G. (2000). *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona, Ariel.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. (A. Lizón Ramón, Trad.) Madrid, Alianza.
- Portes, A. (1995). *En torno a la informalidad: ensayo sobre la teoría y al medición de la economía no regulada*. México, Porrúa.
- Topalov, C. (1979). *La urbanización capitalista. Algunos elementos para su análisis*. México, Edicol.
- Zucchiatti, N. (2014). "Extramuros del mercado. El entramado de la economía popular en torno al Estado y la familia", en M. C. Cabrera y M. Vio (ed.), *La trama social de la economía popular*. Buenos Aires, Espacio.